

Libro primero
Sixto V personalidad de Sixto V

LIBRO PRIMERO

Sixto V

(1585-1590)

I. Elección, vida anterior y personalidad de Sixto V

Después del fallecimiento de Gregorio XIII acaecido el 10 de abril de 1585, el primer cuidado de los cardenales se dirigió a mantener la tranquilidad en el Estado de la Iglesia, especialmente en Roma, donde se tomaron al punto extensas precauciones militares. La guarda de la ciudad, cuyas puertas se cerraron excepto la sexta, quedó confiada a Jacobo Boncompagni, duque de Sora. Éste disponía de más de dos mil infantes y cuatro compañías de caballería ligera, mientras que a monseñor Ghislieri, destinado para la guarda del Borgo, le estaban sujetos mil doscientos infantes (1).

En la primera confusión después de la muerte del Papa habíanse escapado de las cárceles numerosos presos, entre ellos una parte de aquellos treinta y seis que debían ser ejecutados todavía antes de Pascua. A algunos de los presos más peligrosos se les había llevado oportunamente al castillo de San Ángel. Especialmente los cardenales Guastavillani, Colonna y Médicis se ocuparon en tomar disposiciones para tener sujetos a los numerosos bandidos que se hacían notar no solamente en las cercanías de Roma, sino también en la misma ciudad. También a los barones descontentos se les dirigieron serias amonestaciones (2). Aunque al principio de la sede vacante no faltaron los acostumbrados excesos, con todo en general logróse mantener durante el conclave la tranquilidad en Roma, a lo que además de la severidad del duque de Sora contribuyó también la

(1) V. los *Avvisi di Roma de 13 y 21 de abril de 1585, Urb., 1054, *Biblioteca Vatic.*, y la *relación de Roma de 26 de abril de 1585, Hist., núm. 5312, *Archivo de Wittengau*. Cf. Fuentes e investigaciones del Instit. prusiano, VI, 98.

(2) V. el *Avviso de 13 de abril, loco cit., y la relación del cardenal Médicis en Hübner, I, 143.

conducta de la nobleza romana (1). Finalmente favoreció mucho a dicho fin la circunstancia de que las disposiciones que tomaron los cardenales para proveer a Roma de víveres, fueron sumamente acertadas (2).

Así pudo efectuarse la nueva elección en circunstancias relativamente favorables. A ella concurrieron, de los sesenta miembros del Sacro Colegio, al principio, sólo treinta y ocho. Otros cuatro llegaron aún más tarde, con lo cual el número total de los electores subió a cuarenta y dos (3). Entre éstos se hallaban tres alemanes: Marcos

(1) V. el *Avviso de 20 de abril de 1585, Urb., 1053, *Biblioteca Vatic.*

(2) V. *Rerum a Romanis pontificibus gestarum post Gregorium XIII liber primus, en el Cód. F IV, 81 de la *Bibl. Chigi de Roma*. Cf. Gualterio, *Ephemerides, *Bibl. Victor Manuel de Roma*. Spreno refiere en 20 de abril: *In urbe res omnes adeo bene dispositae sunt, ut cum summa tranquillitate transeant (*Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*). Lo mismo dice la *relación del *Archivo de Wittingau* citada en la pág. 29, nota 1.

(3) *Farnesius, Sabellus, Serbellonus, Gamba, Jesualdus, Altemptius, Avallus, Columna, Gallius, S. Crucius, Ferrerius, Sirletus, Paleottus, Bonellus, Madrutius, Pelve, Sanctorius, Cesium, Rombolietto, Perettus, Rusticuccius, Albanus, Boncompagnus, Simoncellus, Riarius, Deza, Caraffa, Facchinettus, Castaneus, Mediceus, Cananus, Sfondratus, Salviatus, Spinola, Contarellus, Lancellottus, Estensis, Mediceus, Vastavillanus, Austrius, Gonzaga, Sfortia (Gualterio, loco cit.). Cf. Petramellarius, 273 s. Pagos para Ottav. Mascherino, architetto del conclave en Bertolotti, Art. Bologn., 30. Para la elección de Sixto V sólo existió mucho tiempo la relación anónima impresa por primera vez en 1667 en los *Conclavi*, 143-211, la cual sólo merece confianza cuanto a los sucesos exteriores. Teodoro Paur ha traducido esta relación en el *Nuevo Archivo Lusaciano*, I, (1873), 162 ss., la cual en 1690 y 1724 fué refundida en Inglaterra, haciéndose de ella un libelo. Tempesti fué el primero que además de esta relación utilizó también otras fuentes contemporáneas, como Santori, Alaleone y la carta de un conlavista que no se nombra. En 1856 aportó Mutinelli (*Storia arcana*, I, 159-162) un importante material con la publicación de la relación de P. Priuli, de 26 de abril de 1585. Hübner fundó su amplia exposición (I, 131-213) principalmente en las relaciones florentinas utilizadas ya por Petrucelli (II, 243 ss.), ciertamente con tan poca crítica como otros despachos de embajada, y especialmente en las de Fernando de Médicis, cuya importante carta de 24 de abril publicó íntegra en su edición francesa (II, 459-467). A Herre, que (p. 308-364) hizo una nueva y muy extensa exposición, pertenece el mérito de haber sido el primero en dar claridad sobre la actitud de España y en aclarar también otros muchos puntos, valiéndose para ello de las relaciones españolas, no conservadas por desgracia en su totalidad. Además de eso, valióse también de las nuevas noticias que habían publicado Orsi (*La Cultura*, N. S., I, 470 ss.), Bremond (J. de Vivonne, 159 ss.) y Motta (*Otto pontificati*, 130 ss.). Muy bien hace notar Herre (p. 359), que en la elección de Sixto V decidieron de un modo muy predominante los intereses eclesiásticos y religiosos, y que no Médicis, sino Este y Madruzzo fueron propiamente los que hicieron Papa. Para la presente exposición se han aprovechado fuera de eso por primera vez las importantes *relaciones de C. Capi-lupi, tomadas del *Archivo Gonzaga de Mantua*.

Sittich, Andrés de Austria y Madruzzo, y tres franceses: Rambouillet, Pellevé y Contarel. De los cardenales españoles sólo estuvo presente Deza. Los demás eran italianos. A todos animaba el sincero deseo de elegir al más digno y más apropiado para continuar la gran obra de la reforma y restauración católica. Junto con esto, naturalmente, se hacían valer también respetos políticos y personales; con todo, los políticos estaban muy en segundo término (1). Cómo habían cambiado los tiempos, mostróse de la manera más clara en que apenas se hablaba ya propiamente de la anterior división del colegio cardenalicio en un partido español-imperial y otro francés. Los cardenales se juntaban muy naturalmente en grupos, a cuya cabeza estaban los nepotes de los últimos Papas.

Un notable encadenamiento de circunstancias impidió que las grandes potencias católicas ejerciesen especial influjo en el conclave. El príncipe católico que hubiese podido intervenir de un modo decisivo, Felipe II de España, se retrajo; sus deseos manifestados finalmente el 24 de abril de 1585 en unas instrucciones para su embajador Olivares no se conocieron en Roma sino cuando hacía tiempo que había recaído allí la decisión (2). Lo mismo aconteció respecto del emperador Rodolfo II, cuya ayuda había invocado el gran duque de Florencia (3). Como en Praga, así también en París se prestó entonces muy poca atención a los sucesos de la curia. Pero no sólo el desconocimiento de las cosas de Roma que de ahí resultaba, impidió una eficaz intervención del gobierno francés, cuyo embajador Vivonne llegó a Roma el 18 de abril, sino también la debilidad y división del partido francés en el colegio cardenalicio, por cuanto sólo el cardenal Este con sus parciales estaban de parte de Enrique III, al paso que Pellevé se presentaba como partidario declarado de la Liga. Como la elección pontificia se efectuó rápidamente cuando menos se esperaba, no se habló de una llegada de los cardenales que moraban en Francia, llamados a Roma por Este el 10 de abril (4).

(1) V. Hübner, I, 147. Después del conclave escribía J. Masetti: *Si puo dicere che questo conclave sia terminato senza scoperta di rancori che cardinali hanno tra di loro fuori di quelli che si palesarono nelli primi 10 giorni della sede vacante. Añadía que Madruzzo había juzgado, che questa è stata delle più con-corde et honorate elettioni, que desde hacía años se habían efectuado. *Archivo público de Módena*.

(2) V. Herre, Elección de Papas, 323 s.

(3) Cf. Reichenberger, Relaciones de nunciatura, I, 82, nota.

(4) Cf. Bremond, 160; Herre, 328 s.

De los gobiernos italianos, Venecia y Florencia eran los que más podían influir. Pero los prudentes venecianos conforme a sus principios se mantuvieron alejados de toda influencia en la elección pontificia. Tanto más ardorosamente trabajaba el gran duque de Toscana. En su hermano, el cardenal Fernando de Médicis, tenía Cosme un representante en Roma, que dotado de gran talento trabajaba sin descanso sin ser muy escrupuloso en la elección de medios. Para poner el necesario freno a su temperamento impetuoso, el gran duque envió a Roma todavía a su secretario Belisario Vinta (1).

Como declarado adversario y competidor hacía oposición desde largo tiempo al de Médicis el cardenal Alejandro Farnesio. Éste, decano del Sacro Colegio, personificaba, por decirlo así, la época que formaba el tránsito del fin del Renacimiento a la reforma y restauración católica (2). Como Paulo III, a quien debía su elevación, así también Alejandro Farnesio se había adherido a los nuevos tiempos, que exigían imperiosamente que se manifestasen tendencias eclesiásticas. Trocado por el trato con San Ignacio de Loyola y San Felipe Neri, señalóse no sólo como generoso protector de los artistas y doctos, sino también como promovedor de todas las empresas católicas. Prestó su especial favor a la Compañía de Jesús, a la que edificó en el Jesús de Roma una magnífica iglesia, que fué norma y modelo en el tiempo siguiente de numerosas construcciones de iglesias (3).

Desde la muerte de Paulo III el cardenal Farnesio había visto elegir, reinar y morir a seis Papas. El papel que en todos los conclaves anteriores había desempeñado, era tan grande, que se le llamaba el «hacedor de Papas». Esta vez esperaba poder conseguir su propia elevación y con esto hacer que tuviese un éxito victorioso la oposición a su antiguo rival Médicis (4). A primera vista parecía que llevaba a éste mucha ventaja. Farnesio, a causa de la liberalidad con

(1) V. Hübner, I, 151 s., 166 s. Como el más prudente del colegio cardenalicio es designado Médicis por Sporeno en su *relación de 5 de abril de 1586, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*. Sobre el temperamento impetuoso de Médicis, que se expresaba con poca consideración acerca de algunos cardenales y no respetaba convenientemente a los cardenales que no eran de sangre de príncipes, cf. la *Relatione di P. Gregorio XIII et della corte Romana 1581, de Serguidi, Medic. 3605, *Archivo público de Florencia*.

(2) Cf. nuestros datos del vol. XI.

(3) Cf. nuestros datos del vol. XX.

(4) Que Farnesio esperaba ser Papa, lo notificó Sporeno ya el 31 de diciembre de 1583 al duque Fernando del Tirol; *relación existente en el *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*.

que hacía uso de sus grandes riquezas, gozaba con el pueblo romano de una veneración, que no hubiese podido ser mayor. Pero al mismo tiempo era también sumamente querido en el colegio cardenalicio; con sus sentimientos rigurosamente eclesiásticos y su índole amable y obsequiosa se había granjeado numerosos amigos entre sus colegas. A pesar de lo cual Médicis estaba resuelto a hacer los supremos esfuerzos para impedir que prevaleciese en el conclave la candidatura de Farnesio. Eran en primer término motivos políticos los que a esto le movían. Era el temor de que, si Farnesio llegaba a ser soberano de los Estados pontificios, el poder de su hermano, el duque de Parma, se aumentase de suerte que quedase amenazado en su existencia el gran ducado de Toscana, especialmente si también España se ponía de parte de Farnesio (1).

A consecuencia de la oposición entre Farnesio y Médicis ya en tiempo de Gregorio XIII, el colegio cardenalicio se había dividido en dos campos; ahora había de reñirse la batalla definitiva. Ambos rivales se afanaban con el mayor ardor por ganar al influyente cardenal Este y a los nepotes de los tres últimos Papas: Altemps, Bonelli y Felipe Boncompagni. Este último prometió a Farnesio el apoyo de su partido, lo cual parecía tanto más importante, cuanto que dieciséis cardenales gregorianos tenían parte en el conclave. No menos grandes esperanzas creía poder fundar Farnesio en la actitud del rey de España. Éste le había excluido hasta entonces; pero ahora declaró solemnemente el embajador español Olivares, que Felipe II dejaba completa libertad a los cardenales. Médicis quedó en extremo sorprendido por esta manifestación. Aumentóse aún su excitación, cuando supo que no había sido elegido él, cardenal protector de España, para encargarse de la dirección de los partidarios de Felipe II en el conclave, sino el cardenal Madruzzo, cuya llegada se esperaba por horas (2).

Por más penosa que fuese la situación de Médicis, no perdió por eso el ánimo. Con no disminuido ardor agenció la exclusión de Farnesio. Consiguió fácilmente ganar para esto al nepote de San Pío V, Bonelli, que ya en tiempo de Gregorio XIII había sido enemigo de Farnesio (3). El 11 de abril Médicis atrajo también a sí a Marcos

(1) V. Hübner, I, 158 s.

(2) V. Hübner, I, 161 s.

(3) Cf. la *Relatione de Serguidi de 1581, citada arriba, p. 32, nota 1, *Archivo público de Florencia*.

Sittich, el adalid de los cardenales de Pío IV. En cambio frustróse su tentativa de separar a Boncompagni de Farnesio (1). Pero tampoco esto desalentó a Médicis. Como el adalid de los cardenales gregorianos le dió una negativa, tentó el vado con sus partidarios (2). Favorecióle en ello la imprudente conducta de Boncompagni. Éste no había consultado para nada a los cardenales gregorianos respecto a la candidatura de Farnesio, y en la creencia de que habían de seguirle ciegamente, había hecho su declaración de un modo muy arbitrario (3). La aspereza con que en esto procedió, molestó al duque de Sora, quien se aplicó ahora de buena gana a disponer a los cardenales gregorianos en favor de Médicis. Juntóse a todo esto la antigua desavenencia entre los dos nepotes de Gregorio XIII: a la inclinación de Boncompagni a Farnesio correspondía la aversión de Guastavillani (4).

Mientras la prematura intervención de Boncompagni en favor de Farnesio cedía en perjuicio de éste, mostróse que también el influyente cardenal Este, que hasta entonces había observado gran reserva, tomaba posición contra el nepote de Paulo III. La causa determinante de esto eran no sólo los intereses de la casa de príncipes de los Estes, sino también la persuasión de que el Farnesio afecto a España no era el personaje neutral que exigía el bien de la Iglesia (5). El embajador mantuano Capilupi, cuyo duque había estado desde el principio contra Farnesio (6), hizo observar ya el 12 de abril, que su candidatura presentaba mal cariz. Escribe que sus adversarios se iban juntando, y que como doce o trece votos bastaban para la exclusión, sería fácil obtener estos solos. Es difícil de comprender cómo Farnesio pudo engañarse enteramente acerca de la importancia de su alianza con Boncompagni: pues era manifiesto para todo observador perspicaz, que al nepote del difunto Papa le faltaban todas las cualidades para mantener unidos y dirigir a los cardenales gregorianos, los cuales por su número hubiesen

(1) Cf. Rebaschi Carotti, 15.

(2) V. Hübner, I, 158 s.; Rebaschi Carotti, 15.

(3) V. la *relación de Capilupi de 12 de abril de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) V. Herre, 311.

(5) V. Herre, 315 s.; Rebaschi Carotti, 17. *Il vero subietto d'Este per papa, juzgaba en 1581 Serguidi en su *Relatione di P. Gregorio XIII et della corte Rom.*, intendo che è Justiniano, il quale vedendosi dalle cose di Genova in qua haver perso Spagna si è gettato a Franzesi forse con promessa di quella città dalla fattione nuova. *Medic.*, 3605, *Archivo público de Florencia*.

(6) V. Rebaschi Carotti, 11 s.

podido traer la decisión (1). En cambio nadie podía barruntar que ocultamente tampoco España deseaba la elevación de Farnesio. Olivares no necesitaba afanarse en este respecto, pues el cardenal Médicis cuidaba de los negocios de España (2). Su celo había tenido en ello tan buen éxito, que las probabilidades de Farnesio se iban cada vez más disminuyendo (3), y la víspera de la conclusión del conclave estaban casi aniquiladas (4).

En vez del nepote de Paulo III muy diferentes hombres estaban entonces en primer término. Eran éstos, de los cardenales de Pío IV: en primera línea Sirloto, luego Paleotto y Santa Croce; de los de San Pío V: Cesi, Santori, Montalto y Albani. Entre los cardenales gregorianos eran considerados como *papabili*: Torre, Facchinetti, Laureo y Castagna (5). Si se examinan detenidamente las probabilidades de cada uno de ellos, se deduce que propiamente sólo uno cumplía todos los requisitos que por las diversas partes se exigían. Éste era Félix Peretti, llamado cardenal Montalto por la patria de su familia (6). Denota bien la perspicacia del embajador mantuano Camilo Capilupi el que ya el 12 de abril de 1585 hubiese conocido claramente este estado del asunto. Montalto, refiere, tiene muy grandes probabilidades; se porta con extraordinaria prudencia y circunspección; tampoco los españoles le rechazan (7).

En su carta de 12 de abril Capilupi llama la atención sobre dos

(1) V. la *carta de Capilupi, de 12 de abril de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. Rebaschi Carotti, 17 s.

(2) V. Herre, 320, 329.

(3) Cf. la *relación de Capilupi de 17 de abril de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Cf. las *relaciones de Capilupi de 19 y 20 de abril de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*. V. también la *carta de Sporeno, de 20 de abril de 1585, *Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*.

(5) V. la relación sobre el conclave en *Sixtus V P. M., *Archivo secreto pontificio* (cf. el núm. 41 del apéndice). V. también la relación de 20 de abril de 1585 en Fusai, B. Vinta, 35. Epigramas a los *papabili* Montalto, Albani, Savelli, Santa Croce, Torre, Sirloto y A. Farnesio en los C. Strozzi, 230, p. 144 s., *Archivo público de Florencia*.

(6) V. Herre, 332 s., 336 s., quien hace observar con razón que en la ciudad se conocía más claramente a Montalto como a uno de los candidatos de más probabilidades, que en las filas de los electores cuyo juicio fácilmente se enturbiaba por la multitud de los motivos que influían sobre ellos. Mejor que las Relaciones Florentinas que se hallan en Petruccelli, II, 249 s., 252, alegadas por Herre, informan sobre esto los *Avvisi de la *Biblioteca Vatic.*, utilizados ya por Gnoli (v. Accoramboni, 234).

(7) V. la importante *carta de Capilupi de 12 de abril de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

escollos en que podría estrellarse la elevación de Montalto. Dice que primeramente sus probabilidades no debían antes de tiempo salir a luz con demasiada claridad; que en segundo lugar se había de contar con el temor a Pablo Jordán Orsini, que seguramente haría valer su influjo con el cardenal Médicis, pariente suyo, para impedir la elevación de un cardenal, del cual era de esperar que le pediría cuenta del asesinato de su sobrino (1).

También fuera de esto estaba muy difundida la opinión de que el cardenal Médicis, en atención a sus relaciones de parentesco con Pablo Jordán Orsini, no favorecería seguramente la elevación de Montalto (2). Pero como tantas veces sucede en la historia, también esta vez sobrevino precisamente lo inesperado.

El sábado de Pascua, 21 de abril de 1585, se celebró en San Pedro la misa del Espíritu Santo, después de la cual el célebre Mureto pronunció el discurso usual sobre la elección pontificia (3). Al anoecer se cerró el conclave dispuesto en el Vaticano (4). En dicho conclave se extendió de nuevo una capitulación electoral, que obligaba al nuevo Papa al restablecimiento de la paz entre los príncipes, a la guerra contra los turcos, a la continuación de la reforma eclesiástica, a la defensa de la libertad eclesiástica y a la terminación de la iglesia de San Pedro (5). Al principio se hablaba aún de la elección de Farnesio. Pero el mismo nepote de Paulo III conoció cuán pocas habían sido sus probabilidades; por eso se retrajo enteramente y no quiso que se hablase de su elevación (6).

Al día siguiente Altemps hizo una tentativa para procurar la tiara a su candidato predilecto Sirleto. Aunque era un personaje

(1) V. la *carta de Capilupi de 12 de abril de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Herre, 337.

(3) V. A. Mureti Oratio habita ad ill. et rev. S. R. E. cardinales ipso die Paschae cum subrogandi pontificis causa conclave ingressuri essent, Romae 1585. El *Avviso de 21 de abril de 1585 alaba el discurso como obra maestra, *Biblioteca Vatic.*

(4) Cf. P. Alaleone en Gatticus, 338. Un ejemplar de la Vera pianta del conclave de 1585 (de Natal. Bonifacio) se halla en la gran colección de los planos de conclave de la *Biblioteca Vatic.* La celda de Montalto, en las estancias de los Borjas, está aquí señalada con el núm. 50.

(5) V. el texto en el *Arch. d. Castel S. Angelo, Arm. II, c. 3, n. 23, *Archivo secreto pontificio*. Cf. Lulvès en las Fuentes e investigaciones del Instit. prusiano, XII, 227.

(6) Así lo refiere C. Capilupi en su *carta de 24 de abril de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

intachable, tenía éste con todo muchos adversarios. Como sobresalía únicamente por su erudición, no era en efecto apropiado para una posición que requería sobre todo talento práctico y aptitud política. Es significativo el que el embajador español favoreciese mucho la elevación de Sirleto, manifiestamente con la esperanza de poderle dominar. Pero precisamente el favor de España perjudicó extraordinariamente a Sirleto. Como Este, así también Médicis era enemigo declarado de la candidatura de Sirleto; esencialmente influyó en ello su disgusto de que Felipe II no le hubiese encargado a él, cardenal protector de España, la defensa de sus intereses; quería ahora demostrar lo que él podía, y que no era cosa de los embajadores, sino de los cardenales, proveer la silla de San Pedro (1). Algunos cardenales que, como ya se había mostrado en el pontificado de Gregorio XIII (2), no querían ningún Papa dependiente de España, temían que Sirleto gobernaría la Iglesia como «capellán del rey católico», y se declararon contra él (3). Añadióse a esto, que Altemps procedió de un modo tan impetuoso, que no pocos cardenales se llenaron de indignación (4).

Después de la primera votación, que no dió resultado alguno, llegó el cardenal Andrés de Austria, el cual en seis días hizo presuroso el recorrido que hay de Innsbruck a Roma. El embajador español le instó a que al punto fuese al conclave (5). Como Andrés no había recibido el diaconado, Farnesio, a quien se adhirió Boncompagni, no quería admitirle a la elección. Sin embargo, el cardenal austríaco pudo alegar un breve de dispensa de Gregorio XIII, mediante el cual Bonelli y Médicis consiguieron que entrase en el conclave (6). La votación luego repetida trajo otra vez un resultado infructuoso. Las negociaciones que entabló Boncompagni por la noche para una elevación del cardenal Juan Bautista Castagna muy querido de los españoles frustráronse asimismo enteramente (7).

(1) V. *ibid.*

(2) Acerca de esto cf. la interesante *relación de Cusano, de 19 de febrero de 1575, sobre las intrigas de aquellos días en el conclave. *Archivo público de Viena*.

(3) Cf. Herre, 333.

(4) Cf. la *carta de Capilupi de 24 de abril de 1585, *loco cit.*

(5) *Fu subito spinto dentro in conclave dall'ambassadore di Spagna senza darli tempo pur a cavarsi i speroni, se lee en una relación de Roma, de 26 de abril de 1585, Hist., núm. 5312, *Archivo de Wittingau*.

(6) Cf. P. Alaleone en Gatticus, 338 s.; Hirn, *El archieque Fernando II*, 407.

(7) V. la relación publicada por Motta, 130.